

PREGÓN
DEL
TIEMPO DE GLORIA
DE JAÉN
2012

JOSÉ GARCÍA GARCÍA

INVOCACIÓN:

Dame, Señor, palabras y razones
que pueda transmitir, humildemente,
a quien quiera escuchar, benevolente,
acerca de tu Gloria y de tus Dones:
tu Gracia, tu Perdón, tus Bendiciones,
tu Paz, que nos deseas, insistente;
tu Muerte y tu Pasión, siendo inocente,
tu auxilio a los turbados corazones;
tu entrega por entero y sin medida
a nuestra humanidad, no agradecida,
sino dispuesta siempre a traicionarte;
a cambio de lo cual, quieres quedarte
a estar por siempre aquí, en la Eucaristía,
y hacernos, gozo inmenso y alegría,
hijos de aquella Virgen, la Escogida,
tu Madre Celestial, Santa María.

Rocío de los Cielos, mi Pastora;
Blanca, de la Capilla, del Carmelo;
Reina de la Cabeza y del Rosario;
María, de Jesús primer sagrario;
María, dulce nido allá en el Cielo;
María, de tu Hijo mediadora:
Ayúdame, Señora y Madre buena,
que luces tus facetas diamantinas
de talla del buril-manos divinas,
y dame, de esa Gracia que te llena,
un pizco, por que pueda, en esta hora,
contar que en nuestros valles y colinas,
en plazas y en callejas que iluminas,
¡Tú eres, de Jaén, dueña y Señora!

EXORDIO

El morado y el rojo de pasión,
 en blanco, la liturgia, ha transformado;
 consolador mensaje nos envía
 con músicas, con fiesta y alegría:
 la Pascua de Jesús resucitado
 que inunda de esperanza el corazón;
 pues este paso otorga a los cristianos
 la firme, generosa y clara prueba
 que Pablo, en su misiva, nos renueva
 y deja la respuesta en nuestras manos:
 la fe que los cristianos profesamos,
 la fe, por la que, a Dios, siempre alabamos,
 sólidamente arraiga su razón
 en la verdad de la Resurrección.

¡Hermanos!, extended vuestras miradas,
 dejaos conquistar por los sentidos,
 y, abiertos vuestros pechos, con latidos
 tan fuertes que semejen campanadas,
 gozad en Dios la nueva primavera;
 llenad los ojos de formas y colores,
 que la naturaleza, con sus flores,
 se ofrece a su Creador, a quien la hiciera;
 y trinos y gorjeos y balidos
 son salmos que acarician los oídos,

eufónicas y bíblicas canciones
 que alegran, enardecen corazones
 e inspiran las más bellas melodías,
 las letras más preñadas y más pías.

Cantemos sevillanas, melenchones,
 cantemos las hermosas jaeneras;
 que nuestros himnos sean enredaderas
 que trepen hasta el cielo en oraciones;
 y, así, con el vibrar de los tambores,
 con la gaita y su silbo delicado,
 envueltos en incienso perfumado,
 con danzas y hermandad, prendas de
 amores,
 mostremos a las gentes nuestra fe;
 gozosos y exultantes, como en días
 en los que celebramos romerías.

¡Hermandades de Gloria de Jaén!;
 ¡devotos de la Santa Catalina,
 de las advocaciones de María,
 de Cristo y su Sagrada Eucaristía!;
 clamemos el tesoro que la mina
 del Gran Amor nos dio, tras su Pasión:
 ¡Gloria a Jesús, en su Resurrección!

SALUDO Y AGRADECIMIENTO

Ilmo. Sr. Consiliario de Cofradías; señor Presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades; señores Presidentes, Hermanos Mayores y miembros de las Juntas Directivas de las Cofradías de Gloria y de las hermanas de Pasión; dignos representantes de la Ciudad, cofrades, devotos, amigos, damas y caballeros, que tan generosa y afablemente habéis acudido a la llamada que la Vocalía de Gloria de la Agrupación ha hecho, para celebrar, en este marco acogedor, el Pregón de Gloria de este sufrido año del dos mil doce:

Sean todos ustedes bienvenidos y, además de mi más cordial saludo, reciban el humilde agradecimiento de este portavoz, por hacer de este encuentro, con su benevolente presencia, y en el grado en que cada uno de ustedes lo desee, una plegaria colectiva.

Soy consciente de que este acto tiene una dimensión que cabría calificar como social; ya sé también que, para muchos, es una celebración poco más que tradicional; tal vez, para algunos, sea tan sólo, un acto folclórico; pero abrigo la esperanza de que para todos o para casi todos sea lo que supone para mí: este es, fundamentalmente, un acontecimiento religioso. Lo que no sé, y me preocupa, es si no los defraudaré; si, a estas alturas de mi vida (en las que más que crecer, se mengua), podré cumplir con el honroso, comprometido, laborioso y halagador encargo de pregonar la Pascua de la Resurrección, de desempeñar el papel de pregonero de las Hermandades del tiempo de Gloria de mi amada ciudad de Jaén.

Cuando se supo que me habían elegido, numerosos amigos, hermanos y cofradieros conocidos, bastantes de ellos antiguos alumnos, me felicitaron con cálido afecto. A casi todos, sintiendo que con cada felicitación aumentaba el peso del encargo sobre mis añosas espaldas, además de darles las gracias, les decía esa repetida frase del mundo taurino de “que Dios reparta suerte”; pero aseguro que no lo decía por decir, era que no se me iba de la cabeza el que, sin la suerte, entiendan la gracia, de Dios, no sería capaz ni de abrir la boca. Por voluntad no quedaría...; mas sólo con la voluntad no es bastante, y todos ustedes lo saben. Por otra parte, una de las dos sorpresas afectivas que me embargaron el día en que me impusieron la medalla de la Agrupación que hoy luzco, fue la de mencionar que esta (me refiero a la medalla), venía de haber estado prendida en el *Simpecao* de mi Rocío y, claro, si Ella (Nuestra Señora) me ayudó otras veces, seguro que también lo hace hoy.

Suele ser un tópico el explicar la génesis del encargo; así que, brevemente, lo haré. Este es un pregón de “a la de tres”. Me explico. En su momento, el presidente D.

José M^a Mariscal me lo sugirió y yo no pude. Más adelante, el candidato a presidente, D. Francisco Sierra me comprometió y él no pudo. Esta vez, el presidente D. José Paulano me lo propuso y, parodiando un argumento latino que corría por la Edad Media, como defensa de la Inmaculada Concepción de María, (*potuit, deuit, ergo fecit*), cabe decir que pudimos, convino, luego aquí estamos.

Agradezco sinceramente a la Agrupación de Cofradías, en todos y cada uno de sus componentes, el que se acordaran de mi y, como mencionaba antes, me honraran tan deferentemente con este encargo. Agradezco la comprensión, la paciencia, el respeto y el ánimo de mi esposa para tantos ratos sustraídos a nuestra acostumbrada y feliz convivencia. Agradezco las espontáneas y desinteresadas disposiciones de personas y medios que, desde el primer día, se me ofrecieron. Reitero mi agradecimiento a todos ustedes porque, sin su cálida presencia, no habría pregón y agradezco, cómo no, a don Juan Francisco Rodríguez Molina, mi cariñoso y generoso presentador, a quien espero saber seguir en la magnífica estela con que nos iluminó el año pasado, el haber hecho de proel en esta singladura, de introductor, de bengala de llamada, de divulgador y, como buen maestro en estas lides, el haberme sabido poner en suerte. Gracias, Juan Francisco.

PREGÓN

¿Cómo podría comenzar a tratar lo que aquí nos reúne quien, hace ya tantos años, según me contaron mis padres, porque yo era muy chico y no lo recuerdo, nació en la alborada de un luminoso segundo domingo de mayo, día trece, el de la Virgen de Fátima, y día en que aquí, en Jaén, se celebraba (como ocurrirá también este año), la romería del Cristo del Arroz?

Pues haciéndose en público esa pregunta retórica. A partir de ella, la trenza de los recuerdos, el tapiz de las vivencias que se fueron tejiendo día a día en una familia que participa, sin beatería, pero con arraigada fe, en un sinnúmero de actividades religiosas, irá creciendo y cosechando el resultado de las semillas que fructificaron a través del tiempo y que dejarán paso, ahora, a los dorados eslabones de la viva cadena que nos une a la religiosidad popular o, mejor, a la piedad popular, de nuestra ciudad.

De aquella, si no remota sí que lejana, infancia del *Cañuelo*, de la desaparecida *Senda de los Huertos*, de las entrañables *Puerta Graná* y *Fuente de la Peña*; de la divertida calle *Llana* y la monumental *carrera de Jesús* hasta la Catedral; de los imborrables olores de juncia y de hierbas recién segadas, como el disfrutado junto a las huertas del *Jardín del Obispo*; de las excitantes excursiones al *Puente de la Sierra*, bien a *Villa Flor* o bien a las umbrías choperas a la vera del río; de la enriquecedora catequesis recibida de los *curillas* en el Seminario; de los intermitentes sonos, casi trinos, de la argentina campanita de las *Descalzas* y de los vibrantes y recios bronce catedralicios; de aquellas sencillas capillitas portátiles de la Milagrosa que paseaban nuestras calles y se depositaban en las casas durante un día; de los familiares altares para el Señor de los Impedidos y para el Corpus; del largo, meticuloso y multidisciplinar montaje y la visita a los Nacimientos (que casi nadie decía lo de “un Belén”); de las cruces de mayo y la pequeña Cruz arbórea, tallada, que sacaron mi padre y sus hermanos, en su infancia, y después nosotros, y todavía, el año pasado, exhibió su jaenerismo en un rinconcito de la gran Cruz de mayo que montó mi hermano Rafael en el patio de la casa de Jaén en Granada...; del día de santa Catalina, con las tempraneras y fatigantes subidas al Castillo, por su cara norte, en unos tiempos en que, entre las azuleantes o verdinosas piedras calizas, sólo crecían tomillos, jaramagos, diversos yerbajos como los arísaros, esos humildes candilicos de bruja... “Estos pinillos -nos dijo mi padre, en una de aquellas subidas, mientras limpiaba el entorno y liberaba de una esparraguera, uno de los pimpollos recién plantados-, los veréis grandes...” De todas esas vivencias y de muchas más ligadas al tiempo de Pasión, fue surgiendo un acendrado, un sólido sentimiento de respeto por las tradiciones, de afecto hacia las cosas de nuestra tierra,

de curiosidad por saber de sus orígenes, de sentido de la vida en el que, tras los días fervorosos de la Semana Santa y, a lo largo de todo el año, la religiosidad, la adoración a la Eucaristía en su centro, las manifestaciones de devoción a las imágenes de Cristo y su Cruz, de diversas advocaciones marianas y de la Santa que iluminó a S. Fernando para la toma de Jaén, orientaban el transcurso de las semanas, ayudando a vivir una vida cristiana...

Desde esos imborrables recuerdos, guiados un tanto por su secuencia, y al paso del sucesivo descubrimiento de las cofradías del Tiempo de Gloria, acerquémonos a hoy.

Al comienzo, os exhortaba a celebrar alegres la Gloria de Dios tras la Resurrección de Cristo y no porque quiera poner al revés el "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres...", no; es que si todos nosotros nos lo proponemos, los hermanos de pasión y los de gloria, que somos los mismos; los que nos llamamos cristianos, podremos acercar a este mundo nuestro, tan loco y soberbio, tan materialista e injusto, tan cruel y tan egoísta, un poco de esa Gloria de Dios a la que aspiramos a llegar. ¿Os imagináis que lo consiguiéramos, aunque sólo fuera en una partecica?

Pues para eso trabajan, trabajáis, quienes con la mayor sencillez y con su mejor dedicación, aplican tiempo y esfuerzos a su imagen de devoción, a la hermanad o cofradía de sus mayores o de su vecindad. Y, gracias a Dios, no sólo no se pierde, sino que, poquito a poco, se extiende como las ondas de un estanque, la idea de que la cofradía no consiste únicamente en sacar a la calle un santo, una imagen; que no es lo más importante el que se luzca la procesión, el celebrar una gran comida, el echar unos ratos con los amigos al aire libre y gozar de espléndidos paisajes y de un agradable clima, ni el cantar y bailar en los alrededores de una ermita o de una capilla. Que, aunque todo eso merezca la pena, no es sino lo de fuera. Por dentro, en el hondón íntimo y radical de las almas, anida la fe, late la esperanza en Jesús, vibra la caridad que se proyecta en obras, se practican la colaboración con la parroquia, la ayuda y apoyo entre hermanos, las celebraciones eucarísticas, ¡la vida cristiana! Aunque, jeso sí!, con sana, exultante, contagiosa, abierta y fraternal alegría. Porque somos cristianos y porque es tiempo de Gloria.

Con ese espíritu, devoto y alegre, nos acercamos a la primera ermita a la que me llevaron mis padres, entre la Fuente de la Peña y el Ojo del Buey, que tantas veces fue lugar de encuentro, de descanso y refresco, de amable acogida y donde una pequeña imagen de Cristo abre sus amorosos brazos a quienes se lleguen a Él en la soledad de un caminar o en la algarabía de su fiesta...

*Si, para el caminante,
el Cristo de Charcales, en la ermita,
en un velar constante,
regala su bendita
imagen, como amparo, a la contrita
alma que, penitente,
le ofrece el sufrimiento de una herida;
¿no aceptará, clemente,
la fiesta, la comida,
los cantos y los bailes de su vida?
Y es que es la primavera
y el agua de la Fuente de la Peña,
como otra agua primera,
riendo se despeña,
y canta que la Virgen fue su dueña.*

*Por eso, los hermanos,
en torno de su Cristo arracimados,
banderas en sus manos,
y de Él enamorados,
pasean por la Gloria esperanzados.*

Pasear, caminar desde la Glorieta, desde su parroquia de San Pedro Pascual, ese obispo de Jaén tan inmaculista, es lo que hacen los cofrades y devotos de la virgen y mártir Catalina, para que se enseñoree de su Jaén, entre música y rezos y quizás a la vera de algunos aceituneros que ya hayan comenzado, por la *Fuente de la Salud*, por el pago de *Almodóvar* o por *Cañoquebrao*, a varear las negras perlas que se convertirán en oro. En el castillo, a la entrada de su ermita, otrora torre defensiva de la puerta del alcázar, como ella sin duda lo fue de la ciudad, se celebra la Santa Misa, la fiesta de Gloria a Dios como el mejor de los homenajes. Alrededor, junto a los remozados muros de la impresionante fortaleza, delante del hermoso Parador, en el camino de la gran Cruz que se yergue sobre Jaén, y en sus arriscadas zonas aledañas, gentes devotas y de buena voluntad se aprestan a celebrar la fiesta más humana de la feliz romería, la de las tradicionales sardinas asadas que huelen a tomillo...

*El sitio de Jaén,
el castellano rey ha organizado
y, al decir el amén
del rezo en que ha implorado,
recibe, como premio, este recado:
-Fernando, no abandones,
no cejes en tu empeño de conquista,
prepara tus peones,
caballeros alista,
rendida está Jaén, empresa lista.
Ha sido Catalina,
la Santa a la que reza y se encomienda,
quien, por gracia Divina,
por que la Cruz extienda,
pone en su corazón tamaña prenda.*

*Desde entonces, la Santa
recibe de este pueblo agradecido,
que los ojos levanta
hasta su torre-nido,
el culto de Patrona merecido.*

Y, si una Patrona nos guarda desde lo alto, Santa María de la Capilla del arrabal de San Ildefonso, nos ampara, vela y ruega por nosotros desde la noche del 11 de junio de 1430 en la que, seguramente prendada de sus hijos jienenses, concedió a esta tierra y sus gentes el inmenso y celestial favor de pasearse en ella. ¿Cómo no iba a ser Jaén “...guarda e defendimiento de los reinos de Castilla”, si fue protegida, amparada, iluminada y visitada, sucesiva y respectivamente, en poco menos de dos siglos, por la mártir Catalina y por la Madre de Dios?

Fue por los años del cincuenta al cincuenta y tres, en las fiestas del patronazgo y de la coronación, de las que recuerdo el gentío que llenaba la plaza de Santa María, cuando por primera vez supe del documento en el que se recoge el testimonio de los humildes personajes que contemplaron a la Madre de Dios en nuestras calles...

A la Virgen de la Capilla, la ciudad, sus gentes y numerosos poetas, a lo largo de los siglos, le han dedicado toda clase de títulos y piropos; desde los de Reina, Dueña, Señora, Santísima, Augusta, Paloma, Ternura, Mariem, Estrella..., hasta el de ...Alcaldesa Mayor. ¿Qué podría añadir yo? Nada, ni puedo ni quiero; lo que sí quiero es aferrarme al que pienso que es su mejor apelativo: ¡Madre!

*Virgen de la Capilla,
socorro del Jaén de la frontera,
Tú, divina semilla,
que, en la Cruz, se nos diera;
Amor y Paz y Madre verdadera,
acórrenos ahora,
seguimos, de Jesús, necesitados,
y muéstrate, Señora,
a los mas desgraciados
y dales tu consuelo y tus cuidados.
¿Sabes lo que quisiera,
cuando mi alma, Señora, a ti te mira?
Servirte, si pudiera,
lo mejor de mi lira,
como ferviente chirri a su Pastira.
Que no cabe olvidar
que bajaste a esta tierra de olivares
y quisiste dejar,
ramito de azahares,
fuerza en la fe, tu Luz y Amor impares.
¿Basilica menor,
la iglesia en que se alza tu capilla?
¡Basilica de Amor,
en que hinca su rodilla
el pueblo de Jaén, todo fervor!.*

Y seguimos en junio, mes en que se acentúa lo que el viejo y conocido romance atribuye a mayo: “...cuando hace la calor, cuando los trigos encañan y están los campos en flor; cuando canta la calandria y responde el ruiseñor...”

En uno de esos cambios de tiempo que, por aquí, nos hacen repetir exageradamente aquello de que no hay primavera, porque el relevo del verano llega de golpe, nos encontramos a las puertas del solsticio. Es por San Juan. Cuando nos íbamos al río. Desde casi enfrente de las pilastras del carril de *Villa Flor*, al otro lado de la sinuosa y, a partir de allí, pendiente, carretera del *Puente de la Sierra*, viejo camino de Granada, una enjalbegada ermita, de recogida lonja delantera, nos invitaba a asomarnos por el ventanillo enrejado de su puerta. Aupado por los brazos de mi padre, vi por primera vez al Cristo del Perdón de la Asomada y, al alimón, rezamos un padrenuestro, a modo

de saludo y de peaje. Muchos años después, invitado nuestro grupo rociero por uno de sus primeros componentes, a la sazón Hermano Mayor de la Hermandad del Cristo, participamos en la Misa, en la fiesta, en la procesión y en su romería...

*Que, en este lugar quebrado,
dicen se perdió un obispo
y que, para recordarlo,
una ermita aquí se hizo,
para que, los caminantes,
esos buenos campesinos
que caminan a la sierra
o a las vegas de su río,
a laborar olivares
o a cuidar huertas con mimo,
le dedicaran, al paso,
una oración a su Cristo,
por que tuviera su alma
gloriosa en el Paraíso.*

*Con el tiempo, ya las huertas
en casas se han convertido
y, si no son hortelanos,
sí que son buenos vecinos
los que le siguen rezando
con todo fervor al Cristo
del Perdón que, en la Asomada
al gran valle de ese río
que baja por los Cañones
y, a veces, llega bravío,
sigue cuidando de todos
y, a todos, brinda su auxilio.*

Ya a las puertas del otoño (todavía vivíamos en el *Cañuelo de Jesús*), un día del cincuenta y dos o cincuenta y tres, el grupito de niños que, como bandadilla de gorriones, alborotábamos inocentes el portal de doña Lola Torres, o el extremo de la calle *Llana* bajo la umbría del muro trasero de la huerta de las *Descalzas*, acudimos hasta el otro lado de esa larga calle. En el portalón de una gran casa solariega que hacía esquina

con la que baja hacia la de los *Muertos* (al menos ese es mi recuerdo), nos regalaron a cada uno un buen puñado de garbanzos *tostaos*. ¡Qué ricos estaban...!

-*Es que ya llega la fiesta de La Pastora*-, comentó uno de los amiguetes, mucho más ilustrado que los demás, porque era monaguillo en la Catedral.

Desde entonces (y supongo que desde más atrás), no he podido sustraerme a la involuntaria asociación del sabor de los tostaillos, con la explosión de un cohete y con un íntimo ¡Viva la Pastora! Imagen tan querida y venerada en nuestro Jaén.

Ese hermoso apelativo de Pastora, natural, bíblico, antiguo y neotestamentario, tan bien otorgado a la Virgen María, lleva en su significado el que, quienes la amamos, queremos ser sus corderuelos, queremos que nos cuide y nos alimente, que nos defienda y nos acoja en su seno, y que, cuando disponga su Hijo, el Buen Pastor, nos aprisque junto a ellos en la tenada del Cielo.

*Pastora de Jaén,
sentada junto al tronco de una encina,
y que, por nuestro bien,
mayoral divina,
te ofreces como suave corderina;
sea tu bendición
que, felices, celebran tus pastores,
joya de salvación,
prenda de tus amores,
para cuantos cantamos tus loores.
Yo quisiera, Señora,
pastar como uno más de tus corderos
en el lugar que, ahora,
al pie de tus luceros,
reservas a tus buenos costaleros.
Si no puedo llevarte
a costal, porque el tiempo así lo impone,
me has dejado rezarte,
que tus gracias pregone
y rogar que tu hijo me perdone.*

En el antiguo Instituto, ya con diez u once años, en el edificio que hoy, restaurado, ocupa el Conservatorio de música, comenzó una larga andadura de más de tres décadas, bajo la advocación mariana del Carmelo. Aquella Virgen del Escapu-

lario... daba nombre y sigue dándosele, a la que, durante tantos años, primero como alumno, tiempo adelante como profesor, sería mi casa y la de tantísimos estudiantes jienenses.

Pero los tres cuartos de siglo durante los cuales el nombre de esta Virgen del Carmen abandera mi instituto, se nos quedan en pocos, si los comparamos con el medio milenio que este pasado dos mil once cumplió el Carmelo en Jaén. El bendito escapulario también ampara nuestra ciudad desde hace tanto tiempo... y con la ayuda de sus muy antigua y nueva cofradías. Y es que, todos lo sabemos, Jaén es muy carmelitana, ¿será, quizás, porque a los pies de nuestro monte se paseó María Santísima? ¡Quién sabe!

*La Madre del Carmelo,
que, allá en San Juan, tiende su escapulario,
recibe todo anhelo,
todo el afán diario,
de cuantos en Jaén le ofrecen un rosario,
un rezo, una alabanza,
un gesto enamorado; y nos devuelve,
para nuestra esperanza,
con mirada que envuelve,
su amor y la promesa que resuelve
el final de la vida,
el paso al más allá, con su Hijo amado:
Por Él será acogida,
en el Cielo anhelado,
el alma que a María se ha entregado.
No es extraña cosa
que esta Madre, que en monte apareciera,
en tierra montañosa
otra casa tuviera
y así, como a áurea rosa,
en San Bartolomé se la venera.*

Y de un monte de Tierra Santa, caminemos hacia un monte santificado de nuestra tierra. Que no sólo la ciudad de Jaén es mariana; que lo es toda su provincia y, como si de un símbolo primario se tratara, a la sierra que vertebraba Andalucía hay que mirar, si queremos rendir homenaje a la advocación de María que desde lo alto

del *Cabezo* nos bendice. Mi madre me acompañó en la primera visita que hice al Santuario. Pedimos por la salud del esposo y padre que quedó en el lecho con una grave dolencia. Era ese domingo de abril en que todos los caminos, los carriles, las trochas y las veredas, se llenan de romeros que se acercan gozosos, ilusionados y pletóricos de amor, a los pies de la Madre que aguarda en el *Cerro*, dicho así, por antonomasia. Junto a este recuerdo, revolotean por la mente el de los coloridos estadales y sus medallas plateadas, el de las tradicionales y brillantes cerámicas de Andújar, el de un trozo de goloso cañaduz y, cómo no, el del paseo por las calles de Jaén de la cofradía local y de la de Colomera, con sus grandes banderas y el característico e inconfundible sonido del redoble del tambor que las acompaña...

*Hay quien, ufano, presume
de la nieve de una cumbre,
porque hermosea el paisaje,
porque su agua discurre
dando vida a buenas vegas
y su albura, fría lumbre,
ilumina los caminos
y, hasta allí, el gentío acude
para gozar de su vista
y hacer deporte salubre.*

*Pues, en Jaén, se disfruta
de un tesoro que, en la Sierra,
no está oculto ni se vende,
que tiene su puerta abierta
para todo el que se acerque
con fe, a sus plantas y, a Ella
(que es más pura que la nieve,
a pesar de ser morena,
y da más vida que el agua,*

*aunque sea tan pequeña),
le agradezca sus favores,
le presente como ofrenda
su trabajo o, que sin él,
ruegue para que lo tenga;
o que le pida a su Hijo,
que a la Madre nada niega,
que perdone sus pecados
y que en el Cielo lo vea.*

*Ese Tesoro de amor,
esa Gloria a la que reza,
desde hace siglos, con fe,
toda la gente romera,
y que, a cuantos la miramos,
nos atrae con tanta fuerza,
un almo ocupa en Jaén,
y la tenemos bien cerca;
nos espera, en la Merced,
¡la Virgen de la Cabeza!*

En el centro de todas las celebraciones y cultos, testigo de numerosas, devotas y piadosas instituciones que vivieron a lo largo de los siglos, permanece en nuestra ciudad la Cofradía Sacramental de San Ildefonso. Es su misión el culto supremo de adoración a la Sagrada Eucaristía.

En el fondo primordial, en el eje de la vida religiosa de todos los hermanos y cofrades cristianos, en la aguja de navegar de todas las hermandades y cofradías, late

el llegar a Dios por los más diversos caminos. En la Sacramental, su camino es una directa, fecunda y gran avenida que conduce hasta el Dios con nosotros del Sagrario, del Pan y del Vino consagrados, de su manifestación en el viril de la custodia. Su misión es coincidente con la letra del himno que cantamos en la exposición del Santísimo: *Pange lingua gloriosi...*, (*ˆ Canta, lengua mía, el misterio del glorioso Cuerpo y preciosa Sangre, que el Rey de las Naciones, Jesús, Hijo de fecunda Madre, derramó por la redención del mundo ˆ*)

*Presente estás, Jesús, en el Sagrario,
paciente nos aguardas noche y día,
constante te nos das, Eucaristía,
amante Redentor, como emisario
del pacto que Dios hizo necesario
para la salvación. Tú, luz y guía
consuelo y alimento; la alegría
del hombre que, de hinojos, solitario,
se acerca hasta tus plantas y te implora,

te da gracias, Jesús y, confiado,
te cuenta de sus cuitas y te adora
y siente que es tu hijo y que es amado;
Tú, Padre bueno, Dios que el alma añora,
¡por siempre seas bendito y adorado!*

Y de nuevo salimos a pasear por uno de los parajes más hermosos de nuestro entorno capitalino. Es por la tarde y, acariciados por la suavidad del sol poniente que tinta de la cálida gama arrebolada cuanto la vista alcanza a contemplar, caminamos plácidamente hacia el pago de la *Imora*. Prescindimos de las imágenes de las construcciones que han transformado el paisaje, aunque, gracias a Dios, algunas de ellas sirven para que un buen puñado de personas se ganen honradamente la vida, y nos dejamos inundar por los recuerdos de pasadas lecturas que nos hicieron conocer afortunados o providenciales hallazgos, generosas hazañas, piadosas fundaciones y variadas aventuras, casi siempre unidas a devociones e imágenes... Estamos junto a la ermita que, pasada la mitad de septiembre, y gracias a la dedicación de los hermanos de la cofradía que allí tiene su imagen de devoción, contagia su entorno con el bullicio, la alegría, la fiesta y el amor, una vez más, a Nuestra Señora, conocida como la Virgen Blanca.

*Porque somos cristianos,
con una sola voz, todos cantemos
como buenos hermanos
y, alegres, celebremos
los ritos y los cultos en que hacemos
profesión de la Fe
que da sentido, norte, a nuestra vida;
y, pues Jesús nos ve,
con alma agradecida,
busquemos en su Amor dulce acogida.

Que, fieles, nos unamos
a la Sacramental, no sólo un día
en que alegres cantamos
radiantes y a porfía,
¡Gloriemos sin cesar la Eucaristía!*

*¿Qué mejor apelativo?
¿Qué más limpia advocación
que llamar Blanca a María
la Madre del Salvador;
la que aceptó con su fiat
el anuncio del buen Dios
de que tendría a su Hijo
sin conocer a varón;
la concebida sin mancha,
la envidiada por el sol,
pues su brillante pureza
no tiene comparación?*

*Que ya quisiera la nieve
del más aislado espolón
la blancura y la pureza
de su albo corazón,
de su Concepción divina
y de su divino Amor;*

*Amor con el que ilumina
con relumbrante fulgor
las almas de sus hijuelos
que acuden al resplandor
de su luminosa estela
que lleva a la salvación.*

*¡Festejad la Virgen Blanca!
y, al salir en procesión,
entre cantos y oraciones
que imploran su bendición,
mirad bien, que su blancura
no es por tener tal color,
sino porque, como Madre
(la nuestra y del Salvador),
nos muestra su luz celeste,
nos abre su corazón
y nos ofrece su mano
para llevarnos a Dios.*

El pasado día de Santa Catalina, con mis Amigos de San Antón, muchos de los cuales viven su amor a la Inmaculada en la Noble Cofradía de la Limpia Concepción que fundara en San Andrés don Gutierre González Doncel hace casi quinientos años, celebramos en la *Pandera* la tradicional *Cena Jocosa* y tuve la oportunidad de acercarme hasta la ermita del Santo Cristo de Chircales. Allá en lo alto de la sierra, pasada Valdepeñas, en el valle que le da ese nombre evocador de boscoso lugar de quejigos y en el que las umbrías y el agua son remansos para el espíritu, la imagen parece aguardar al peregrino para abrazarlo desde la Cruz. Tras visitar la cueva de los exvotos, en la que sobrecoge el aire eremítico que flota en el ambiente, posible matriz, según es tradición, del origen ermitaño del actual lugar de culto y, frente al lienzo en el que María y San Juan acompañan al Crucificado, en tanto que musitaba una oración, creí escuchar los murmullos, las salvas y los vivas que los numerosos devotos le dedican al Cristo en su anual celebración romera o en su traslado hasta el pueblo con motivo de las fiestas mayores y, entre ellos, naturalmente, los de los miembros de la hermandad filial de Jaén, que suben hasta sus hermosos lares originarios para unirse a sus paisanos en la devoción, en el amor y en la acción de gracias a Jesús.

*En un entorno serrano
surcado por un riachuelo,
que alimentan buenas fuentes
de aguas puras que, del suelo,
surgen para dar la vida
a tantos y tantos huertos,
abre su arcada una ermita.
Guarda y ofrece el consuelo
de la imagen que más quieren
todos los valdepeñeros.
Es el Cristo de Chircales,
que se nos muestra en un lienzo.*

*Al pie del Crucificado,
san Juan, la Madre y, con ellos,
muestra de cualquier devoto
que al Cristo ofrezca su rezo,
la cara de un ermitaño
o del oferente. Viendo
que no hay día que no reciba*

Y regresamos hacia los lares de la infancia. Aquella *Senda de los Huertos* que bordeaba la tapia del Seminario, aquellas aguas que discurrían desde el barranco de Almodóvar, desde el nacimiento de la Cueva del *Tío Rapao* y desde la *Poceta*, hoy, respectivamente transformada y desaparecidas bajo la nueva Avenida agobiada por el tráfico automovilístico, parecían presagiar, reavivando una parte del antiguo arrabal de las *Monjas*, la presencia de la casa dominica que ha supuesto un nuevo latir del corazón del barrio. Desde *Los Peñas* a *La Alcantarilla*, una letanía de encantadores rincones va formando el rosario que, de corazón, ofrecen los vecinos y hermanos a la Virgen María. La Virgen de las Batallas, el Auxilio de los Cristianos, la que, en Fátima se proclamó a sí misma como la Señora del Rosario, centra el creciente fervor que, como marea imparable, se extiende desde su casa del Pilar de la Imprenta.

*el homenaje del pueblo
que, agradecido, se acerca
hasta sus pies, para verlo,
para pedir sus favores
o perdón por no quererlo,
y que tantas buenas gentes
lo tienen en su recuerdo
de modo que, aunque se alejen
del lugar donde nacieron,
regresan para rezar
a sus pies, y no perderlo
como fiel acompañante
en el camino hacia el cielo,
¿cómo se podrá dudar
de que el Jesús verdadero,
el Hijo de Dios que fue
Redentor y Pastor nuestro,
siempre nos atenderá
y cumplirá nuestros ruegos?*

*Tras la Virgen María
voy caminando
desgranando las cuentas
de mi rosario
y, al pasar cada una
entre mis dedos,
yo siento que me acerco
más a los Cielos.
Son las avemarías
que voy rezando,
que me llevan a Ella
y, paso a paso,
mientras que la saludo
y la bendigo,
la Madre me aproxima
más a su Hijo.*

*Santa Madre de Dios
y Madre nuestra,
sabemos que nos oyes,
que siempre velas*

*por nuestra salvación;
que nuestros ruegos
los cuentas a Jesús,
allá en el Cielo
y, como ningún hijo
niega a su Madre
el favor que le pide
y Tú lo sabes,
consigues que perdone
nuestros pecados
y que vuelva a acogernos
y a consolarnos.*

*Por eso en el Rosario
nos repetimos:
te pedimos favores,
te bendecimos
y las gracias te damos
Reina del Cielo,
la mejor de las Madres,
nuestro Consuelo.*

Junto a las ya citadas, son muchas más las advocaciones marianas a las que, con devoción, se acude en nuestro Jaén; pero es tiempo de concluir y he querido hacerlo, en lo que se refiere a la nómina de hermandades del tiempo de Gloria, con la que me concedió el privilegio de alabar a la Santísima Virgen en esta misma funión de pregonero, con mi Hermandad del Rocío.

Seguro que habéis escuchado (o tal vez pensado), alguna vez, esa pregunta de ¿por qué ir tan lejos, si tenemos aquí mismo a la Virgen de...? ¿Creéis que se puede tomar en serio? Si así lo hiciera yo, pienso que no me movería de mi dormitorio, de mi despacho. ¿Para qué salir ni siquiera a la puerta de mi casa si tengo imágenes a mi lado; mejor aún, si sé que Dios está conmigo...?

Pues, nosotros, todos nosotros, salimos cuando y a donde queremos, para celebrar y testimoniar en cualquier lugar y con quienes nos apetece, la fe, las devociones que compartimos con los hermanos. Y vamos de visitantes, de acompañantes, de romeros o de peregrinos a donde nos lleve nuestra voluntad de proclamar el gozo de que María es nuestra Madre y de que Dios nos asiste y acompaña. Porque pensamos que a eso

hemos venido, a caminar por esta vida, a buscar la mano que nos tiende, amorosa, la Madre que nos aguarda en nuestro destino y del cual sus ermitas y santuarios no son más que las metáforas a las que nos acercamos alegres y confiados, porque su Divino Hijo nos acompaña siempre. Por todo eso y por mucho más, muchos de nosotros vamos al Rocío.

*Caminar al Rocío,
Madre bendita,
sabiendo que me esperas
allá en tu ermita,
pone en mi corazón
tanto contento
que no siento el dolor
ni el sufrimiento.
Y cuando, ante tu reja,
la salve canto,
me siento protegido
bajo tu manto.
A tu buen Pastorcito,
y a Ti, mi bien,
llevaremos ofrendas
desde Jaén;
(aunque Tú las conoces,
pues ya las viste,
cuando, hasta tu Capilla,
la Luz trajiste):
un ramito de oliva
con aceituna
y un madero de olivo
para una cuna,
y, junto al Simpecao,
Paloma mía,
todas las peticiones*

*que Jaén te envía
pondremos a tus pies.
Y te rogamos
que a tu Hijo le pidas,
pues que lo amamos,
que, con misericordia,
deje olvidados,
nuestro pobre egoísmo,
nuestros pecados
y, al final del camino,
lleve a su lado
a cuantos, como hermanos,
te han venerado.*

*Conocemos los romeros,
cuando vamos de camino,
que buscamos a María,
que Ella nos guía a su Hijo.
No pensamos que el final
es la Aldea, en la marisma
ni en cualquier otro lugar;
que el final es bien distinto:
¡el camino es mucho más
si, al Pastor, que es Jesucristo,
vemos detrás del cristal
que es la Madre del Rocío!*

Hay que acabar. A modo de postales del ánimo, he intentado pasear nuestra imaginación por los diferentes enclaves populares, piadosos, religiosos del manojuelo de hermandades del tiempo de Gloria de nuestra ciudad de Jaén. Repito que las mencionadas no son las únicas y que existen otras agrupaciones, asociaciones y prohermandades que dan Gloria a Dios a través de sus específicas, de sus particulares devociones.

Pero quedémonos con lo fundamental, con el amor a Dios y a su Santísima Madre y la devoción a los Santos en hermandad, en caridad, en unidad con todos. Y seamos capaces de proclamarlo a lo largo de todo el año sin tibiezas ni rivalidades inútiles. Recordemos algunas frases del pregonero mejor que ha tenido la cristiandad, San Pablo:

...Si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y acordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando, por la humildad, a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. (Fil. 2. 1-4)

COLOFÓN

Hasta las humildes gotas
de cera que, sobre el suelo
no serán más que las notas
de un efímero recuerdo,
parecen testimoniar
que la Pasión que alumbraron
ha dejado su lugar
a Jesús Resucitado.

Después de Resurrección,
tradiciones seculares
manifiestan devoción
y, en su caso, adoración,
a sus santos titulares:
a Catalina, la santa;
a Jesús crucificado,
a nuestra Madre, María
y a la Sacra Eucaristía.

Es Jaén, que sigue fiel
en un cerro o en un valle
o en alguna estrecha calle,
en templos y en romerías,
al Dios que cuida de él
y a quienes por él pedían:
la Santa de Alejandría
y nuestra Madre, María.

¡Hermandades de Gloria de Jaén!
mostrad que vuestra fe tiene buen temple,
que cualquiera, en vosotros, no contemple
más que un inmenso amor; que hacer el bien,

bendecir al Señor, dar a María
y a sus Santos el culto que merecen,
lo hacéis como creyentes que agradecen
la Gracia recibida; y la alegría
la diversión y el sano hermanamiento
impregnen la ciudad con el contento
que dan la procesión, la romería,
la Misa de hermandad. Que en ese día
sólo un mensaje ocupe el corazón:
¡Gloria a Jesús en su Resurrección!

Muchas gracias.

